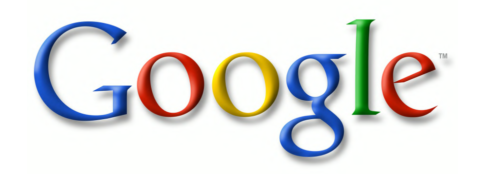
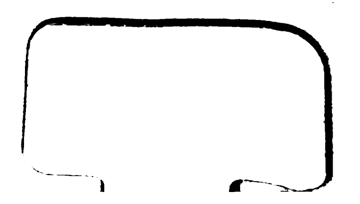


Guzman

El Intervencionismo de Mr. Wilson en Mexico


SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV-ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



Por la Solidaridad Latino Americana.



141

EL INTERVENCIONISMO DE MR. WILSON EN MEXICO.

POR EL

DR. RAMON GUZMAN.

DIRECTOR DE "PAN AMERICAN REVIEW."



New Orleans, La.

1915.

Por la Solidaridad Latino Americana.

EL INTERVENCIONISMO DE MR. WILSON EN MEXICO.

POR EL

DR. RAMON GUZMAN.

DIRECTOR DE "PAN AMERICAN REVIEW."



New Orleans, La., Agosto 20

1915.

PROEMIO.

Apesar de que la guerra europea tiene absorbida la atención del continente americano, éste no ha dejado de seguir paso á paso el desenvolvimiento de los sucesos en México, habiendo demostrado todos y cada uno de los pueblos de la América latina—ora por medio de la prensa ó bien por medio de la tribuna,—el vivo interés que les agita por ver solucionado el problema mexicano, principiando por desear la paz en la república azteca, paz esperada y sostenida por la fuerza de la Ley y cobijada por los pliegues sacrosantos de su soberanía inviolable.

Pero no parece sino que providencialmente se eslabonan en esta cadena, los pasajes más contradictorios, cuando no son los más faltos de sentido moral.

Ha llegado la vecina república á un momento de prueba en este instante en que una nación extranjera, que la ha ofrecido su amistad, ha pretendido buscar el apoyo de otras naciones hermanas, para establecer, por vías inadecuadas é impracticables la paz; para terminar de una vez la revuelta intestina de México; para ofrecer, ó mejor dicho, imponer, á la Patria de los descendientes de Cuauhtémoc el gobierno que más cuadre á las esperanzas, no muy lejanas, quizás, de los Estados Unidos de Norte América.

Nosotros, á fuer de periodistas imparciales, nos vamos á permitir, con toda modestia, pero también con toda la entereza de nuestro carácter, hacer un juicio crítico de semejante labor, iniciada una vez más, oficiosamente, por el Hon. Mr. W. Wilson, Presidente de los Estados Unidos.

No tememos que se nos tilde de apasionados ó de venales, por las siguientes razones obvias:

1a.—Que no somos mexicanos;

2a.—Que si bien somos latinos, somos ardientes admiradores de las instituciones republicanas y democráticas de esta Patria de las libertades, cuna de los Jorge Washington y los Abraham Lincoln, país que amamos de corazón y en donde vivimos también; y

3a.—Que nuestro nombre se ha dado á conocer solo en el periodismo independiente, único que cuadra á nuestro temperamento de hombres libres, y, en nuestra no corta carrera, no hemos vacilado en flagelar todas las tiranías; en denunciar ante la conciencia pública las injusticias; y, quijotes del Derecho, confiando siempre en el triunfo definitivo de los principios, hemos cosechado, en premio

á nuestra labor y á nuestra actitud, vejámenes de parte de algunos gobiernos, así como enemistades y odios de los poderosos, pero jamás se nos vió humillados por el dolor; en cambio sí se nos vió siempre pobres porque nunca ofrecimos al mejor postor nuestras opiniones ni nuestra pluma á trueque de la puja humillante ó de la dádiva envilecedora.

* * *

Mr. Wilson no ha negado su deseo altruista de hacer el bien á México, y para ello, en esta ocasión, parece ser que ampliando la Doctrina de Monroe, observa en sus teorías el anacronismo y en sus procedimientos la contradicción. El Jefe del Ejecutivo de los Estados Unidos del Norte, se mantiene ofreciendo á las naciones del continente el ramo de olivo; prometiéndoles que su poderosa nación no adquirirá un palmo de ajeno territorio por conquista; les asegura que él será guardián de sus libertades y campea en sus discursos el anhelo vívido de que respetará la soberania é independencia de las hermanas repúblicas del continente.

En la práctica, por desgracia, se nota cómo y cuánto se aleja él de sus teorías.

Ofrece el ramo de oliva y pretende una intervención, deprimente y humillante en México; asegura que es el guardián de las libertades y apoya con violación flagrante de sacratísimos tratados—á gobiernos que se han hecho vitalicios, tan funestos como el desastroso de D. Manuel Estrada Cabrera, quien ha convertido á su Patria en un panteón; blasona de que se respeta la soberanía de las repúblicas débiles y mantiene marinos americanos con armas y cañones—cual otra guardia de suizos mercenarios,—en el capitolio de Managua, para sostener á un presidente acusado por la opinión pública de Nicaragua.

Esos son los hechos que nadie osará desmentir, porque son el pasto cotidiano de la prensa; esa ha sido la característica de la política americanista de la Casa Blanca en los últimos tiempos.

En este folleto, solo nos permitiremos,—bien que someramente—ocuparnos del primer punto, con ocasión de la actitud actual que aparenta la Casa Blanca al pretender solucionar en nueve cláusulas el problema mexicano, por vías impracticables é imposibles.

Pasemos á su análisis.

EL INTERVENCIONISMO
DE MR. WILSON EN MÉXICO.

AMICUS PLATO, SED MAGIS
AMICA VÉRITAS.

La prensa neoyorquina, encauzadora en grande de la opinión pública norte americana, ha hecho saber, desde el Hudson hasta el Bravo y desde San Francisco hasta la Florida, que el Excmo. Señor Presidente de la República, Mr. Woodrow Wilson, en nombre de los Estados Unidos, es decir, de todo el país, y con la aquiescencia de sus aliadas, las Repúblicas de Argentina, Brasil y Chile, Uruguay, Bolivia y Guatemala, ha adoptado las siguientes conclusiones, con cuya adopción é imposición á los diferentes *leaders* revolucionarios del vecino país del sur, pretende resolver el triple problema de la revuelta, de la paz y de la prosperidad de México.

Esas conclusiones son nueve, y dicen como sigue:

"1a.—Reconocimiento de aquel miembro del Gabinete de Madero, á quien correspondía, según la ley, el ocupar el puesto del finado presidente.

"2a.—El establecimiento de ese ciudadano como Presidente provisional de México, con el apoyo de todas las facciones.

"3a.—El reconocimiento de ese Presidente provisional por las Naciones del A. B. C.

"4a.—El Gobierno americano dará un apoyo activo y resuelto al nuevo Presidente provisional.

"5a.—Los jefes de los partidos y los generales del Ejército revolucionario prestarán todo su apoyo á ese Gobierno, en el concepto de que ese Gobierno reanudará el orden constitucional.

"6a.—Villa, Carranza y Zapata renunciarán á todas sus pretensiones de poder, concertarán un armisticio y se apartarán para no estorbar que el orden constitucional se reanude.

"7a.—Villa y Zapata han prometido ya prestar su apoyo al miembro del Gabinete de Madero á quien correspondía el poder según la Ley. Si Carranza no se aviene á lo mismo, Villa proclamará Presidente provisional de la República á Vázquez Tagle ó á cualquier otro miembro de ese mismo Gabinete.

"8a.—En este último caso el Gobierno Americano decretará el embargo de armas para Carranza y para cualquiera otra facción que no acepte el nuevo Gobierno, y en cambio permitirá que este Gobierno importe todas las armas que necesite.

"9a.—Los financieros prestarán al nuevo Gobierno los medios financieros para sostenerse."

El omnisciente señor Wilson, nuevo *fundador* de la Patria de Hidalgo; protector *ad honorem* de las débiles repúblicas americanas

y *ad hoc* de los revolucionarios mexicanos, en distintas ocasiones, y en esta muy particularmente, se ha servido prescindir, al poner á discusión en las altas esferas de su Gobierno, ó iniciar el estudio de los complicadísimos negocios públicos de México, de los ciudadanos de aquel país, que no están en armas ó en inteligencia con los grupos armados, pero que sufren las penalidades del ostracismo, en razón de persecuciones ó de inconformidad con los procedimientos de los partidos; se ha mostrado nada ganoso de oir á no pocos que tienen más interés en que la guerra acabe que los mismos que claman por la paz; y finalmente, no ha llamado á su consejo á los mexicanos, que son quienes tienen derecho á ser oídos y consultados, sino á los extranjeros, (repúblicas del A. B. C. y socias), y, al parecer, no toma en consideración más que el provecho material norteamericano y casi prescinde, ó prescinde, sin casi, de la utilidad moral y política del pueblo mexicano, que ha aquilatado su interés y su derecho á que se le respete, en una porfiada lucha de cinco años que constituye una vasta epopeya por la libertad.

De ese grupo olvidado y silencioso; de ese montón en apariencia y en verdad proscripto sistemáticamente por los concilios neomexicanos del señor Presidente Mr. Wilson, no saldrán en estos momentos, solemnes para México, retos destemplados ni imprecaciones insolentes sino críticas reposadas; comentarios sinceros cuya veracidad los abone á la alta é inteligente atención del supremo mandatario de los Estados Unidos de Norte América, no menos que de su pueblo, que tanto ama la Justicia.

Hemos oído el parecer de algunos de esos hombres, y el que dejamos expuesto, es por el momento su criterio.

No somos mexicanos, ya lo hemos dicho, pero queremos y debemos hacer luz en torno del Presidente Mr. Wilson.

Y ojalá nos oiga.

Nos lo agradecerán su Patria, México y toda la América latina; nos lo agradecerá él, tan luego hayan pasado estos momentos de pesada ofuscación y cándidos atolondramientos, como le agradeció Teseo á Ariadna el que lo hubiese sacado del laberinto de Creta en que se hallaba perdido como ahora lo está el ilustrado señor Presidente Mr. Wilson, en la enmarañada madeja del embrollo mexicano.

Acortémosle las distancias, y ya que el ilustre Profesor de las prestigiadas aulas de Princeton jamás ha estudiado sobre el terreno ó con permanente minuciosidad las necesidades de la República Mexicana, las tendencias de aquel pueblo ni los designios honrados pero enérgicos de sus prohombres, que alguien venga á él y se los explique; con patriótico entusiasmo latino, porque este sentimiento, noble, grandioso é innato en todos los hombres de honor, está

por encima de todos los partidarismos, como tales, pequeños y mezquinos.

Callar nosotros en estos momentos sería incurrir en un crimen de leso hispano americanismo, ó cuando menos, un crimen de lesa gratitud.

Detrás del Presidente Mr. Wilson hay ochenta millones de compatriotas suyos dispuestos á ayudarlo si acierta; á censurarlo si yerra.

Ochenta millones de puntos volitivos que se volverán contra los mexicanos si por causa de éstos el ridículo universal cae en torno del señor Presidente ó que se pondrán de parte de los aztecas si tiene la suerte de hallar el resorte mágico que torne en grata, llevadera y viable la cuestión de México.

Ayudémoslo en su obra titánica. En ella no habrá labor perdida si á su grandeza se quiere que adune la perfección.

Vamos á examinar, pues, tan ligeramente como el angustioso momento histórico en que vivimos y la gravedad del asunto lo permiten, las cláusulas presidenciales que sirven de pre-enunciado á estos párrafos.

Y vamos á ser implacables, ó mejor dicho, vamos á tener la impasibilidad del cirujano que corta carnes sanas sin hacer caso de las contracciones del paciente porque en ello va la vida de éste; tal vez la de una sociedad; la de un vasto pueblo.

Sin petulancias de maestros ni suficiencias teóricas de escolapio pero tampoco con gasmoñería de beatos, vamos á ir al fondo de la cuestión.

Resueltamente.

Dejando, si es menester, en los infolios de los clásicos legistas las doctrinas que contienen y que son inaplicables porque no fueron escritas para el caso.

Todo el lastre de preocupaciones que impide que el carro de la Revolución mexicana llegue ráudo y airoso á su destino.

Rompiendo, si es posible, ó tramontando esa nube obscura que sombrea el aire ambiente de la Casa Blanca é impide que el ave de la Fraternidad emprenda el vuelo hacia el Palacio Nacional de México, llevando en su pico, rosa y nácar, la oliva de la Paz.

Si no hubiéramos resuelto formular en serio este trabajo, diríamos que, á juzgar por el tono imperativo y dogmático de esas cláusulas, S. E. Mr. Wilson, al tender la vista imaginativamente sobre las Repúblicas del Sur, ha supuesto que está delante de un corro de educandos, cogidos en falta, atónitos, y á quienes explica, con cierta acrimonía una cátedra del *pacifismo* sui géneris de que él va resultando un especialista.

Mas, líbrenos Dios de bromas.

El autor de las terribles cláusulas, como que quiso decir:

A los revolucionarios mexicanos les impongo, como castigo y premio de sus faltas y virtudes, el que pasen por debajo de nueve horcas "caudinas," "wilsonianas" ó "norteamericanas," con lo que alcanzarán la salvación de sus pecaminosas almas en la otra vida y en este mundo, durante los cortos días de existencia que les quedan, los goces de una completa paz doméstica, deliciosamente bucólica é infantil.

Y trascribimos la primera horca ó cláusula:

"*El reconocimiento de aquel miembro del Gabinete de Madero, á quien correspondía, segun la ley, el ocupar el puesto del extinto Presidente.*"

La primera observación que todo mexicano sincero y sensato, conocedor de la Historia de su país y del espíritu de sus leyes tiene que hacer á la primera sentencia ó al primer dogal con que el dulce humanista y demócrata prominente que hoy ocupa la Casa Blanca de Washington, quiere ahogar á la Revolución mexicana, á la única, á la verdadera que ha habido después de los espeluznantes asesinatos de Febrero de 1913, es que en la cercana nación trasbravina, no ha habido en mucho tiempo nada legal, sustantivo ni legítimo, al menos en lo que á prácticas electorales se refiere, desde que se consumó la independencia en 1821, bajo el "Plan de Iguala" y los "Tratados de Córdoba" hasta la fecha; es decir, hasta Madero.

Solo en una ocasión se ha trasmitido el poder pacíficamente: el 1o. de Diciembre de 1881, y ya era una componenda de los Generales Porfirio Díaz y el inolvidable "manco" Manuel González.

Antes y después, casi todo ha sido una escandalosa serie de burdas simulaciones, de traidores cuartelazos, de violencias brutales.

Una horripilante farsa trágica, representada en nombre de la Libertad; una mascarada grotesca, vestida en honor de la Democracia.

La sangre ha corrido á torrentes al principio ó al final de la comedia, por ese hecho convertida en melodrama.

Cada caudillo vencedor ha impuesto su ley; ha creado su "ciclo personal," como ha pasado en todos los tiempos y en todas las latitudes, desde la Roma precristiana de Cicerón y de Pompeyo hasta la Francia revolucionaria de Dantón y Robespierre; desde César hasta Napoleón; desde Rosas hasta Porfirio Díaz.

Pero si queremos referirnos á la época contemporánea y hacer á un lado las generalizaciones, diremos sin temor de equivocarnos, que la sucesión presidencial dejó de ser *legal* en México desde el 1o. de Diciembre de 1888, en que comenzaron las re-elecciones del

General don Porfirio Díaz, quien traicionando el "Plan de Tuxtepec," cuyo triunfo había costado á su Patria sangre y vidas de muchos cientos de millares de sus hijos, aceptó la *reforma* de la Constitución del 57 en ese sentido.

Todavía el señor don Francisco I. Madero llegó al poder como lógico encadenamiento del proceso de una revolución, pero su autoridad fue sancionada por una elección sin precedente; plebiscitaria, universal.

Su legitimidad, á la que con fuerza de cíclope se adhiere el sabio jurisconsulto de Princeton, no puede ser discutible.

Ahora bien: á falta de aquellos altos funcionarios que por ministerio de la Ley deberían sustituir á Madero y á Pino Suárez, pero que cobardes ó medrosos renunciaron á enfrentarse á la usurpación, á falta de esos, repetimos, se levantó el Gobernador del Estado de Coahuila, con perfecto derecho; porque dentro de la Ley así lo había jurado y prometido; porque dentro de la Ley tenía esa obligación indeclinable, como la tenían todos los demás Gobernadores de Estado y funcionarios de la Federación de sostener incólumes los principios constitucionales.

Y aquí cabría suponer que si mañana, por ejemplo, ora por muerte súbita del Presidente y del Vicepresidente de los Estados Unidos de Norte América y por renuncia, libre y espontánea, de los subsiguientes designados al Poder Ejecutivo, según la Constitución, se impusiese el primer machetero de los Estados Unidos, con el *derecho de la fuerza*, tendría el completo *derecho de la razón* cualquier Gobernador de Estado ó todos ellos juntos, á levantar el estandarte, la personalidad moral y el honor de esa Constitución traidoramente hollada.

(Recuérdese, por si tuviere alguna similitud la conducta de las Cortes Españolas y la actitud de los patriotas hispanos cuando la invasión napoleónica de 1808 y la abdicación por fuerza de Carlos IV en favor de José Bonaparte.)

Eso, que en los párrafos anteriores dejamos asentado; es lo que ha hecho Carranza; con serenidad, con fé, y con el apoyo material y moral de la mayoría de su pueblo.

Si el secretario de Estado en el Gabinete del señor Madero, á quien correspondía inmediatamente, según la Ley ocupar el puesto del extinto Presidente, renunció, *libre y espontáneamente*, por cualquier causa, ¿á qué llamarlo ahora, para que de nuevo renuncie?

Es que Mr. Wilson quiere aplicar los principios tan mecánicamente: la ley al hecho?

Eso sería confundir el derecho con el hecho.

¿Y si ninguno de los otros ministros ó miembros del Gabinete

del señor Madero, á quien correspondía *de derecho* la presidencia, ha dado señales de vida, á qué exhumarlo de la tumba del olvido nacional en que voluntariamente se ha sepultado?

Nosotros hemos prometido no detenernos ante ninguna suerte de consideraciones ó consecuencias; romper con todos y con todo, y vamos á hacer un ligerísimo análisis de esos señores ex-ministros; de esas sirenas políticas que en el destierro y con sus adoloridos cantos, parecen haber trastornado el maduro y recto criterio del supremo Jefe del Ejecutivo de la Unión Americana.

Ninguno de esos estimables caballeros y muy dignos ciudadanos —no lo dude ni un instante más el Presidente Mr. Wilson,—se consideró capaz de completar la trunca obra del gran Apóstol Madero; ninguno de ellos, ni aun siendo colaborador de éste, pudo comprender bien la Revolución de 1910 y la creyeron para siempre perdida, náufraga ante la ola hinchada de crueldades y al parecer incontrastable del Gobierno de Don Victoriano Huerta, el apóstata á la manera de Juliano; el ingrato á modo de Ptolomeo y el victimario á estilo, de Septimio, de Salvio y de Achilles.

Ninguno, ninguno, se consideró capaz de nada.

Todos exhibieron la más vergonzosa nulidad cívica.

Todos aceptaron su propio suicidio como el único remedio al inmenso desastre nacional.

De plano les negamos su competencia para resolver las dificultades interiores de México, por que ellos y solo ellos, con su actitud de estatuas y su silencio de idolos paganos caídos en descrédito, lo han demostrado.

El único ciudadano; el único funcionario que se irguió, porque para ser grande no se necesita ser ministro ni ser Gobernador sino ser hombre y ser patriota, fué Don Venustiano Carranza; y esta sencilla razón fué la que arrastró al pueblo a seguir al Jefe constitucional.

Pero, volvamos atrás. Concretémonos.

Vamos á suponer que sea conducente, buena y eficaz esa normalidad ó constitucionalidad, pura y sin mancha, que tanto desea Mr. Wilson.

Vamos á legitimar la mentira oficial dentro de los procedimientos convencionales de la tantas veces vulnerada ley escrita, y vamos á conceder que alguno de los señores miembros del Gabinente del señor Madero, tiene personalidad HOY para asumir la Presidencia de la República.

¿Liga á ese ministro, llámese Lascurian ó Vázquez Tagle, Rafael Hernández ó Angel García Peña, algún nexo con la Revolución actual, con la única, la verdadera; la que sin miedo ni vacila-

ciones se puso frente á frente á la usurpación huertista; la que no midió el peligro y para la que probablemente ese ministro, presidenciable ahora, según el cómodo deseo de Mr. Wilson, no dió ni un peso ni un consejo?

Esos ministros, bien sabido es, cuando se consumó el escandaloso golpe de Estado de Febrero, atolondrados ó sin bríos se ocultaron en el silencio ó en la sombra.

Cuantos medraron ó culminaron en aquella época, salieron para el extranjero, renegando de la política y prometiendo no tomar más nunca parte en ella.

No inventamos; no calumniamos.

La familia Madero, á quien correspondía recoger la herencia trágica de las víctimas de la calle de Lecumberri y levantar con mano vigorosa y vengadora la espada flamígera de Themis, se refugia en los crespones de su acerbo duelo y su acción reivindicadora se limita á la plegaria religiosa por el descanso eterno del alma del finado, uniéndose más luego á los enemigos de la Revolución constitucionalista, que es la única, la verdadera que ha existido en México.

El anciano y apocado secretario de Relaciones, Lic. Don Pedro Lascurain, á quien correspondía de derecho, según el párrafo segundo del artículo 81 de la Constitución, hoy suspensa, la presidencia de la República, en diversas ocasiones, alguna muy reciente, ha reiterado su deseo de no volver á la política, y ratificado, *libre y conscientemente*, la renuncia que hizo de sus derechos en favor de Huerta.

La Revolución actual, la única, la verdadera, la de principios; la de ideales bien defendidos; la que responde á este momento histórico, tiene sus hombres propios, bien conocidos del pueblo mexicano y de la opinión pública mundial.

Sería tan contraproducente como ineficaz anularlos.

Porque ya esos hombres están incrustados en la conciencia nacional, que en ellos tiene profunda y completa fe.

Sintetizan la iconolatría política del gran partido revolucionario mexicano, como S. E. Mr. Wilson sintetizó, no ha muchos años, la iconolatría política del robusto partido demócrata que lo llevó al poder supremo de esta libérrima cuánto cultísima y cívica nación.

Pretermitir á esos hombres; relegarlos á secundarios puestos, es, precisamente, todo lo contrario de lo que el Gobierno de los Estados Unidos se propone; es sentar bases negativas para la realización de su obra pacifista más allá del Rio Bravo.

Ellos son como el cerebro al cuerpo; como el eje á los astros; como á la tierra el sol.

✦ ✦ ✦

2a. cláusula:

"El establecimiento de este ciudadano como Presidente provisional de México, con el apoyo de todas las facciones."

Es una lástima que no poseamos el texto en inglés de estas declaraciones, porque la versión en español que tenemos á la vista es tan ambigua, que en ella el pensamiento de su autor no ofrece resistencia alguna á la controversia.

Esa segunda cláusula envuelve el colmo de las utopías, debido, no á torpeza, (así lo creemos); no a mala fé, sino á un evidente desconocimiento del medio en que el indicado establecimiento va á efectuarse.

Hay en México un ejército en armas, fuerte, disciplinado, aguerrido, levantado en aras del patriotismo por aquellos que pretendieron y que lograron derrocar la odiosa tiranía de Huerta; y bien se ve, sin necesidad de aguzar la inteligencia demasiado, que la Casa Blanca no recuerda que este factor, que ha derramado su sangre á torrentes, no aceptará que venga una imposición extraña á imponerle otra tiranía, irisada con las franjas y las estrellas.

Echar en olvido que un ejércíto revolucionario, hijo legítimo del pueblo, que se yergue con sacudimiento de melenas de león no es factor vital que debe pesar en el platillo de la balanza de los destinos de un pueblo, nos hace pensar que no ha habido estudio serio de la orientación ó engranaje en que se desarrolla el proceso evolutivo de la Revolución mexicana.

Las revoluciones son, por su naturaleza misma, exigentes; y como disponen de la fuerza de las armas, RESIDENCIA POSITIVA del DERECHO, son INTRANSIGENTES.

El Ejecutivo norteamericano, que con tanto acierto como brillo representa el distinguido Maestro Mr. Wilson, ha formulado esa cláusula en la creencia de que tiene delante, á resolver entre partidos políticos bien organizados y compuestos por civiles, un simple problema de administración pública, en el que caben y son posibles las transacciones y los cambios de personas.

Error craso; crasísimo error.

Pero nosotros, (es decir, quien estas líneas escribe), que no somos revolucionarios armados ni *desarmados* (1); que no tenemos interés personal y directo en el asunto, vamos á entrar al terreno de las transacciones y á aceptar el escamoteo de nombres y el mutis de personajes revolucionarios.

Nada ni nadie nos lo veda.

(1) Por una corruptela del vocablo, estar *armado* suele significar, en la América latina, tener bienes de fortuna, no importa cómo hayan sido habidos.

No estamos afiliados á ningún partido, personalista ó no.

No hacemos labor activa sino en pro de la Justicia y de la paz; de la fraternidad y de la unión de la dispesa y la sufrida familia mexicana.

Pues bien: ya que de transacciones se trata, y de que Mr. Wilson, por amistad, ó por lo que sea, se erije en juez y árbitro de las contiendas allende el Bravo, lo natural, lo lógico, lo cuerdo, quizá habria sido; haber pedido á las facciones en lucha candidatos para la transacción, de entre estos seleccionar una terna, que se discutiera nuevamente por los interesados, y de esa terna elegir un candidato definitivo, para elevarlo á la presidencia interina de la República.

Pero Mr. Wilson, no lo ha hecho así.

Faltando, sí faltando á las leyes de la discreción y de la cortesía y á las prácticas ó antecedentes rarísimos que pudieran seguirse en esta vez; desoyendo por igual á Maquiavelo y á Vattel; ofendiendo á los mexicanos; atropellando á las minorías; olvidándose de los civiles y de los pensadores que en pro de su Patria, la bendita tierra de sus mayores y de sus hijos libran la batalla de la idea en el extranjero, salta al tablado de la imposición, como Arlequin al de Momo, y trayendo en la diestra mano la lista de sus escogidos, dice á México como le dijera el destino á Pierrot, en noche de desesperación y de angustia: "ó la prostitución de tus ideales ó el suicidio" "Vazquez Tagle ó el que le sigue."

Del propio modo que Mr. Wilson no podría gobernar en México, sin antes haberse asimilado las costumbres y usos del país y haber fraternizado con los naturales, un extraño á la Revolución no podrá gobernar con ella ni ella con él.

La Revolución, única y verdadera, la clásica, la pura, es, hoy como ayer, el credo de la mayoría del país.

¿Sería posible creer, lealmente, sinceramente, en ese reconocimiento, tácito, artificial; hecho con mentales reservas é irónica condescendencia; bajo la presión de la fuerza; negándolo todo, como los filósofos de Epiro ante el despotismo de Pirro; negando hasta la madre, como Miguel Strogoff ante sus verdugos, los sicarios sin entrañas de los Césares de Rusia?

Creer en él sería tanto como querer apagar los fuegos del Jorullo con una cubeta de agua ó callar las rugientes voces del Ixtacihual con el estruendo de los cañones del "Chester" y del "Praire."

México no es Polonia ni Nicaragua. México es la Patria de Hidalgo y de Allende; de Abasolo, de Bravo y de Guerrero; de Morelos y de Matamoros; de la Corregidora de Querétaro y de Leona Vicario; de Anaya y de Valencia, los héroes de Churubusco y de Padierna; de Benito Juárez y de Ignacio Zaragoza, el sol

de la Reforma y el Temístocles del 5 de Mayo en Puebla. . . . .
México es, por fin, la Patria de esa soberbia pléyade de soldados, libertarios por instinto, inmensos como las cumbres de sus montañas de granito, terribles como el fuego de sus volcanes; tenaces y constantes como el correr impetuoso de sus ríos, que durante más de una centuria ha venido sacrificándose para dar al mundo el espectáculo, magnífico y grandioso, de un titán siempre vencedor en las luchas por la emancipación del hombre.

Y no hablamos por hacer frases; no por aparecer grandes nos elevamos á la torre de cristales quebradizos de la hipérbole, que tal equivaldría á repetir en pleno siglo viente las aéreas hazañas de Icaro.

Hechos, inductivos pero posibles.

Por de pronto, el camino hacia la Libertad de los mexicanos, se estrecha en el extremo de un triángulo que representa la Casa Blanca, y por el cual extremo tienen que pasar con toda suerte de molestias; dejando su virtud, ó como dejaba en los zarzales de la vida la oveja de que nos hablan Victor Hugo y Andrés Bello, albos copos de su vellón sedeño; pero mañana pueden cambiar las cosas; mañana puede cambiar la presente condición del mundo; mañana pueden hallar otros caminos, ya en el lejano oriente, ya en el occidente de la tierra.

El odio es el peor consejero de los hombres y la venganza la locura de los dioses.

El cautivo, como el esclavo, solo por una cosa ama la vida: ¡por romper sus cadenas y convertirse en opresor también!

No olvide estos párrafos el autor de las clausulas presidenciales que tenemos el honor de rebatir; estudiélos muy bien, porqué son evangélicos; porque son proféticos.

México tiene una extensa frontera limítrofe con este país; extensos litorales en ambos mares; México es uno de los países más estratégicos de la América por su configuración y su situación geográfica; uno de los más providentes por la prodigiosa riqueza de su suelo. . . . . .

México es una tentación para cualquier país conquistador que no sea de este continente . . . . .

¿Han olvidado esas circusntancias los estadistas extranjeros, que sin derecho ni justificación quieren imponerle su voluntad? Nosotros no lo creemos; no podemos creerlo.

* * *

Tercera cláusula:

"Reconocimiento de ese Presidente Provisional por las naciones del A. B. C."

Según reza un antiguo axioma español, nuestro hermano es nuestro vecino más cercano.

Y prueba de que tal dicho encierra una gran verdad, es la cariñosa predilección que por México y su porvenir sienten los buenos hombres del Norte.

Argentina, Brazil y Chile están tan distantes de nosotros, y, por desgracia, son tan superficiales sus relaciones con México, que, francamente, fuera del orden moral, ningún halago seductor tiene, para la Patria de Juárez el reconocimiento oficial de su Gobierno por los de aquellos países.

Esto es *hablando en plata;* sin discreteos; sin las urbanas cortapisas que impone la buena crianza, pero ya insinuamos al principio que "íbamos á ser implacables."

Por supuesto, que nada es tan grato para los mexicanos como cultivar cordiales relaciones con países hermanos, á quienes los unen identidad de origen, lengua y costumbres; identidad de anhelos y soñaciones democráticas.

Oir sus observaciones; saber que los tienen por cultos y atentos, claro está que los envanece pero no los "vitaliza."

No; no es vital ese reconocimiento.

A México le interesa sobre manera, y hoy más que nunca, que á sus gobiernos los reconozcan los Estados Unidos de Norte América; Inglaterra, Francia, España, Alemania, etc., que son los mercados de su crédito financiero y de los productos de su suelo.

Perdonen las queridas Naciones de más allá del Suchiate la rudeza de nuestro lenguaje, pero ante el peligro, inminente é irreparable, que amenaza á la Revolución legalista, y con la Revolución á México y á sus hijos, y más tarde, quizás á los otros pueblos del continente, no acertamos á expresarnos de otro modo.

La retórica del miedo, es brutal y agresiva.

Con lo dicho basta y sobra para comprender que el reconocimiento,, muy agradable, muy codiciado de las honrabilísimas Naciones del A. B. C. á las que adoramos con el alma; á las que rendimos debida pleitesía por el puesto lucido que merecidamente ocupan en el concierto y en el consejo de los grandes pueblos de la tierra y particularmente de Hispano-América, desde cierto punto de vista, circunstancial y momentáneo y únicamente en lo que se refiere—HOY, entiéndase bien, HOY—á la paz interior de México, tiene "muy" sin cuidado á esa nación.

Al cabo de cuatrocientos años, en que los soldados de Cortés conquistaron á nuestros antepasados con lentejuelas y espejitos, el más instruído de los estadistas de este continente quiere conquistarnos con palabras, como si éstas no hubieran sido ya condenadas

por Shakespeare, como cosa vana.

Ofrezca algo más real y efectivo el Presidente Mr. Wilson, aunque no creemos que los revolucionarios, al menos los constitucionalistas de México, se hallen en el caso de Esaú, el hijo de Isaac, quien vendió á su hermano, Jacob, por un plato de lentejas, su derecho á la primogenitura.

El paciente lector habrá visto, por los precedentes párrafos, que el reconocimiento de las Naciones del A. B. C. no es, no puede ser, y lo sentimos, promesa tan halagüeña que lleve á la Revolución mexicana, á la verdadera, á la única, á claudicar.

Por innecesaria, podía haberse omitido esa cláusula.

* * *

Cuarta:

"*El Gobierno americano dará un apoyo, activo y resuelto, al nuevo Presidente provisional.*"

Desde luego se echa de ver la anfibológica redacción de este párrafo y de nuevo lamentamos no tener una copia del texto inglés para saber á qué atenernos respecto de la veracidad y la intención de estas declaraciones.

Esta cláusula es completamente incomprensible para nosotros.

¿Qué querrá decir; qué significará; cómo deberá entenderse *ese apoyo, activo y resuelto*, al nuevo Presidente provisional?

Recordamos que cuando las conferencias de Niágara Falls, estuvo más preciso el Gobierno de la Unión.

Ofreció *quinientos millones de pesos*, y con esa suma se puede comer algo más que lentejas, con las que el sencillo Esaú se conformó.

Vamos á suponer (el que esto escribe quiere ir á todos los terrenos, menos al de la ignominia; llegar á todas las suposiciones, por ilógicas que parezcan); vamos á suponer, repetimos, que ese apoyo, *activo y resuelto*, es *algo tangible*, decoroso, honesto y aceptable; ¿cómo se atreve á ofrecerlo en nombre del Gobierno americano, es decir, en nombre de la Institución Gobierno americano, así, sin limitación alguna, quien dentro de no muchos meses va á dejar la Presidencia de tan respetable Institución?

Ya está bien seguro; absolutamente seguro, el Presidente Mr. Wilson, de que su sucesor le prestará á la sucesión mexicana que se desprenda ó derive de la Presidencia provisional que él quiere establecer en el vecino país del sur el mismo apoyo, activo y resuelto, que él le ofrece ahora?

En política, los compromisos pactados, no son más que hábiles y momentáneas evasivas.

¿Ya sabe, quien lo ofrece hoy, el tiempo que ha menester la

situación mexicana, de *ese apoyo, activo y resuelto*, para consolidarse?

Detengamos la pluma.

No sigamos analizando más la cláusula número cuatro porque hay sobre la tierra y en el comercio de la vida, hechos tan estupendos y algunos hombres superiores son capaces de cosas tan extraordinarias y atrevidas, que unos y otros es preciso verlos para comprenderlos y creerlos.

* * *

Quinta:

"*Los jefes de los partidos y los generales del Ejército revolucionario prestarán todo su apoyo á ese Gobierno en el concepto de que él reanudará el orden constitucional.*"

El orden constitucional lo es ya; lo representaría ya, *reanudado* ó empatado y remendado á cuadros de "cachirulo," el presidente provisional que ofrece anticipadamente, por boca ó máquina de escribir del autor de las cláusulas que comentamos, una cosa que con anterioridad le habría dado la Revolución al aceptarlo y reconocerlo: "la reanudación del orden constitucional."

Pero no es eso lo que tiene que ofrecer; el milagro que tiene que realizar ese Presidente es el de la Paz.

Y la Paz es el abandono de las armas y la vuelta al trabajo de jefes y soldados; la conformidad de los caudillos; el retorno de los expatriados; el abrazo fraternal entre vencedores y vencidos; el cumplimiento y la efectividad de las promesas de la Revolución, engendrada al calor de necesidades políticas y sociales del pueblo mexicano: ESA, ESA ES LA PAZ.

Pudiera ser que el autor de las repetidas cláusulas hubiera querido decir otra cosa.

Esta, por ejemplo: que ese Presidente provisional convocará á elecciones y que con sorprendente arte de magia sacará de las urnas un Presidente á gusto de todos.

Pues, vaticinar y preparar maravillas es.

Si es así, ni el factor tiempo ni el factor procedimientos constitucionales parecen haberse tenido en cuenta.

En México, para comenzar la reconstrucción del edificio de la administración pública, hay que empezar por los cimientos y no por los techos.

Es imposible que los jefes de los partidos y los generales del Ejército revolucionario vayan á rendir homenaje á una figura exótica entre ellos, nada más que porque así lo exige un vecino poderoso.

Eso no se conseguiría ni por la fuerza, como no consiguió Napoleón III que los mexicanos juaristas se doblegaran ante los soldados franceses que apoyaron el segundo imperio.

Sexta cláusula:

"Villa, Carranza y Zapata renunciarán á todas sus pretensiones de poder, concertarán un armisticio y se apartarán para no estobar que el orden constitucional se reanude."

Ni Villa ni Zapata pueden tener, seriamente, fundadamente, *pretensiones* de poder, *que aquí debe entederse pretensiones á la Presidencia de la República*, por una razón tan obvia como sencilla: son analfabetos; no saben leer y difícilmente pueden estampar sus nombres, alterados por la viciosa pronunciación de la gente indocta.

El general Zapata no sabe todavía si su verdadero nombre es Emiliano ó *Miliano*, como le decían sus familiares y patrones en Cuernavaca.

Villa no conoce el uso de las letras mayúsculas y cree que la mejor pluma para hacerse entender es una pistola y el mejor recado el que se manda con una bala.

Son, ¡pobrecitos! de los irredentos para quienes la Revolución, desde 1910 hasta la fecha, ha venido pidiendo escuelas y maestros de primeras letras.

Para la liberación intelectual, política, económica y religiosa de diez ó doce millones de seres que se encuentran en México en igualdad de condiciones á Villa y á Zapata es para lo que se ha derramado tanta sangre como ha corrido en un lustro de lucha.

Para acreditar á Villa y á Zapata como *presidenciables*, puede que el autor de las cláusulas que están torturando la paciencia del lector, nos los presenten por su *faz heróica* de caudillos.

En éste caso, valdrá más taparse ojos y oídos para no ver, tinto en sangre humana, al asesino de Benton y de tantos otros, ni al monstruo de la Cima y Ticumán, idiotizado por el vértigo de la sangre derramada.

Pensar que alguno de esos dos hombres pudiera llegar á la Presidencia de la República vecina, causa horror y vergüenza á los mexicanos y rubor á la humanidad.

Esa cláusula, al insinuar que Villa ó Zapata puedan tener aspiraciones presidenciales, envuelve una velada injuria á los mexicanos y al sentido común.

¡No; no; no; que se la borre!

En cambio, no podemos formular iguales cargos en contra de Carranza.

Este ciudadano tiene bien acreditada su capacidad en el alto desempeño de los negocios de Estado y á pesar del poder omnímodo de que ha estado investido, jamás ha autorizado el asesinato ni menos consumádolo por su propia mano.

Notoria injusticia, cometida sin derecho ni razón, es privarlo de

que ejercite su inteligente influencia en la cosa pública que tanto espera de él y que tanto ha alcanzado ya bajo su dirección.

Si es apto y si se intenta establecer el gobierno de "los mejores" y de los hombres sanos, de los fuertes, no se ve por qué deba privarse al ciudadano Carranza de "aspirar," de "pretender" figurar entre los candidatos, y, en igualdad de circunstancias á otros, triunfar, ó "ser preferido," en bien de su Patria y de los que "aspiran" ó "pretenden" ser bienhechores de ésta.

Mas, francamente, la tesis de la cláusula sexta, no puede, el autor de estas líneas, discutirla *á conciencia.*

Examinarla y dictaminar sobre ella corresponde al propio ciudadano Carranza y al pueblo mexicano que le es afecto.

¿Tiene Carranza pretensiones al poder, y son ellas legítimas y fundadas, como lo son, puesto que se halla al frente de un gran partido y con un Gobierno organizado ya por más de un año?

Pues eso quiere decir que el pueblo mexicano, en una gran mayoría, ha sancionado esas aspiraciones, de la misma manera que ha rechazado, durante muchos años las de Zuñiga y Miranda y otros varios.

Atentario es anularlas en el caso del señor Carranza.

Nosotros no tenemos ningún interés en que el autor del histórico "Plan de Guadalupe" sea el presidente de la República; tal vez lo tengamos en contrario; pero sí tenemos interés en ser justos é imparciales, aunque esa justicia y esa imparcialidad nos dañen en lo particular.

Cuando al principio de estas consideraciones dijimos que íbamos á ser implacables, no pensamos en exceptuarnos á nosotros mismos.

Con que, la cláusula sexta es injusta y desproporcionada, porque quiere medir, con el mismo decámetro, las cúspides de la catedral de San Patricio y el remate invisible de la torre Eiffel.

No es equitativa y por lo mismo no es buena.

Pero lo que hemos visto, por desatinado ó desacertado que parezca, no es nada, comparado con las cláusulas séptima y octava.

Sus hermanas, desde la primera hasta la sexta son un preámbulo fútil é inocente. Innecesario, si se quiere.

Vamos á analizar en conjunto, las séptima y octava, porque están íntimamente ligadas.

* * *

Dicen así:

"7a.—*Villa y sus fuerzan han prometido ya prestar su apoyo al miembro del Gabinete de Madero á quien correspondía el poder, según la ley. Si Carranza no se aviene á lo mismo, Villa proclamará Presidente provisional á Vázquez Tagle ó á cualquier otro miembro de ese Gabinete.*"

"8a.—*En este último caso el Gobierno americano decretará el embargo de armas para Carranza y para cualquier otra facción que no acepte al nuevo Gobierno, y en cambio permitirá que este gobierno importe todas las armas que necesite.*"

¡Muy bien!

Villa acepta á Vázquez Tagle ó á cualquier otro Vázquez que quiera imponer el Gobierno de la Unión, en el concepto de que el mexicano que no esté conforme, puede esperar el argumento convincente que le dirán al oído, con el tiro de gracia, las armas que el Gobierno *humanista, pacifista y moralista* de los Estados Unidos va á proporcionarle á los secuaces de sus protegidos, Villa y Vázquez, con ó sin Tagle; cualquier Vázquez, sin pudor cívico ni antecedentes revolucionarios.

¡Espléndido! ¡Magnífico!

En esas dos cláusulas, su autor, quien quiera que sea (no le hacemos á Mr. Wilson la ofensa de suponer que sean personalmente suyas), confiesa su propósito de ir hasta la matanza; hasta el extermino de la afligida raza azteca para imponer su voluntad.

Dentro de las legislaciones penales llamadas del orden común en el mundo civilizado, lo que se intenta cometer en el vecino país del sur, es un crimen perfectamente calificado; y dentro de las prescripciones del Derecho Público Internacional, un atentado sin nombre, que si se consumara, el pueblo mexicano sabría rechazar con patriótica energía, oponiéndose tenzamente á su ratificación voluntaria.

Por fortuna hay un tribunal más alto que el de los hombres: el de Dios, presidido en el mañana, por la Historia; un castigo más cruel y más severo que todos los inventados por la venganza y el terror: el del remordimiento, y una cárcel más dura y más sombría que todas construidas por la mano de los hombres: la de la conciencia.

En ella, el Juez más severo de los Jueces, preguntaría por siempre al autor intelectual de las matanzas colectivas—que según esas claúsulas se preparan para México,—señalándole los campos de allende el Bravo, convertidos en cementerios: "¡CAIN . . .! ¿QUE HAS HECHO DE TU HERMANO. . . .?"

Desde otros puntos de vista hallamos peligrosísima para México la intromisión, *activa y resuelta* del Gobierno de la Casa Blanca en los asuntos privados de un país libre y soberano.

Para corresponder á un cumplido; á un llamado humanitarista, se someterían los mexicanos hoy, pero el cumplido de hoy mañana se tornará en una servidumbre, porque, so pretexto de amistad y de conveniencias pacifistas, podrán nombrarse en lo sucesivo, desde

Washington, y apoyarlos con los propios argumentos contundentes de la cláusula octava, hasta los gendarmes de los municipios más apartados é insignificantes.

Perfectamente que Villa haya aceptado, que Zapata acepte; ó mejor dicho, què hayan aceptado en nombre de Zapata y de Villa, los hombres que manejan á estos dos caudillos.

"*Muy de ellos es su error*," pero anda muy distante de la verdad quien crea que Zapata y Villa son los dos únicos hombres que piensan y valen en México, si es que esos dos señores han pensado alguna vez.

Acaso con la intervención americana, acaben las guerras en México, pero se acabará también la independencia nacional.

Lo sorprendente es que naciones latino americanas; aún no curadas del todo de su histerismo político primitivo; hermanas de México, que deberían estar interesadas en que este país conservara su autonomia absoluta, se hayan puesto del lado de los presuntos detentadores, sin tener en cuenta que México no será la primera ni la última víctima del águila altanera que pasea sus alas prepotentes desde las Montañas Rocosas hasta el estrecho de Magallanes.

La gravedad de las cláusulas séptima y octava es tal, que nos sugiere muy largas consideraciones, las que omitimos en gracia á la forzada brevedad de este trabajo.

Desde luego caen ellas bajo la acción jurídica del Tribunal de La Haya y le crean responsabilidad juridica é inmediata á su autor, fuera de la responsabilidad histórica.

Y si el Ejecutivo de los Estados Unidos lleva adelante los procedimientos que esboza en las referidas cláusulas 7a. y 8a., no faltará quien lleve, también, la acusación respectiva al Tribunal de La Haya.

No es una amenaza, es simplemente una defensa; y mientras los poderosos de aquí, aliados á Villa y á los Vázquez Tagle preparan cargamentos de armas fratricidas, para verter sangre humana y sojuzgar á un pueblo, los débiles nos preparamos para esgrimir la pluma y dar razones en defensa de la conturbada tierra azteca y de su libertad.

De plano rechazamos, por arteras, las cláusulas séptima y octava, y suponemos que todos los hombres honrados, sean ó no mexicanos, pero que se hayan dado cuenta de la inconsecuencia y de la monstruosidad de esas autoritarias cláusulas, las rechazarán también.

* * *

Novena cláusula:

"*Los financieros prestaran al nuevo Gobierno los medios financieros para sostenerse.*"

¿Qué financieros? ¿Los americanos? No puede haber otros

que obedezcan el mandato imperativo del Gobierno. Tienen que ser los del Departamento del Tesoro de este rico país.

Ignoramos que haya en el presupuesto de egresos de esta Nación partida alguna á cuyo cargo se puedan hacer préstamos al Gobierno provisional neomexicano.

Examinar los dos particulares precedentes, no es de nuestra incumbencia; eso lo harán el Congreso de los Estados Unidos y la Prensa Periódica, ó todos y cada uno de los ciudadanos que con sus contribuciones han formado ese Tesoro y que al propio tiempo tengan algún empeño en que él se invierta en aquellas cosas á que está destinado.

Por nuestra parte, creemos que esos préstamos complementan el pensamiento seductor y corruptor del intervencionismo en México.

Son la base de la tutela *activa y resuelta* á que se refiere la cláusula 4a. porque después de que hayan sido aceptados esos préstamos, viene necesariamente el nombramiento de inspectores Americanos que investiguen si esos dineros se emplean en los objetos á que sean destinados, y después el nombramiento de otros inspectores que dirijan la Hacienda Pública mexicana y faciliten el reintegro de lo que ahora se reciba en calidad de préstamo.

Rechazamos esta cláusula porque es una oferta lesiva de la delicadeza de México; una daga damasquina, dirigida al corazón de ese país, daga que hace con sus filos tanto daño al entrar como al salir, y finalmente, fuera de las mal pergeñadas razones que dejamos expuestas, las rechazamos todas en conjunto por lo que ya dijo el clásico latino: "Aquila non capit mucas;" el águila no pierde el tiempo en matar moscas; se las traga vivas.

* * *

Aun cuando se empeñe el Gobierno norteamericano en protestar respeto hacia la soberanía de la nación mexicana, salta á la vista,—con camafeos radiosos—el desprecio con que mira la soberanía de la nación fronteriza.

Pero aparte de la falta de respeto por la soberanía de México, se observa una acentuada ignorancia, de parte de Mr. Wilson, sobre y acerca de los sucesos de la Revolución de sus personajes, de sus fenómenos, de las circunstancias complejas del México actual, tanto como de sus hombres prominentes y muy particularmente un desconocimiento total de la psicología de aquel pueblo, muy celoso de su autonomía.

Ansiar el bien de un pueblo soberano y para ello principiar por inferirle una ofensa?....Amenazar á México con intervención de países extraños porque no ha podido resolver sus problemas interiores, que son de su exclusivo y legítimo derecho; y esto sin conocer

con verdad y con análisis concienzudo cuáles son las necesidades positivas de México, pasando por encima del sentimiento nacional, al que no se le toma parecer de si semejante paso pueda ó no ser de su agrado, pueblo viril y orgulloso, compuesto de más de dieciséis millones de habitantes; no conocer las idiosincracias de este pueblo, nacidas con su propria etnografía, actuar de ésta suerte, es sencillamente, para un gobierno tan ilustrado como el de Washington, ó falta de consecuencia ó ignorancia.

Lejos estamos de suponer la segunda premisa. Más bien inclinaremos el platillo sobre la primera.

Y lo probaremos:

Una de las idiosincracias del pueblo mexicano es ser, rebelde, por naturaleza á toda disciplina: la acepta por la fuerza, y aun para eso, después de resistirse tenazmente.

¿Cómo sería posible, en las actuales condiciones de México, y dada su idiosincracia expresada, imponerle una autoridad, máxime si ésta emana de presión extranjera? Eso es pensar una utopía. Pues bien, esta utopía la quiere hacer práctica Mr. Wilson.

La infantil tenacidad de la Casa Blanca en querer resolver el problema mexicano, choca y chocará siempre con el estado psicológico del pueblo mexicano. Sin un estudio concienzudo de la naturaleza psico-biológica de aquel pueblo, no es posible comprender éste.

No quiere convencerse Mr. Wilson de que aquel pueblo rechaza cuanto procede de los Estados Unidos; que tiene antipatía natural hacia esta Nación y sin duda con razón muy sobrada, porque ayer no más—y ahí está la historia—el águila americana le arrebató la joyas más preciadas de su diadema. No quiere entender que el pueblo mexicano teme, y con fundamento, que la política de Washington, en su celo por la humanidad, pretenda en esta emergencia repetir la injusticia cometida con él en el año de 1846, cuando, so—capa de reconquistar Texas, arrebató no sólo el propio objeto de la disputa, pero le agregó Nuevo México, Utah, Arizona, Nevada y California, y ¿qué de extraño tendría que en 1915 se quisiese repetir análoga tragedia, so—color de pacificación? Cosas peores ha visto la humanidad que registran las páginas elocuentes de la historia.

Si el pueblo de Norte América, al menos fuese de la misma raza, del mismo idioma, de costumbres análogas, de religión igual, de similares ideas, de educación parecida, habría entonces ciertos lazos de acercamiento que harían menos difícil la tarea de estrecharse un pueblo con otro pueblo.

Pero no nos equivoquemos, se repelen por instinto los habitantes de uno y otro país; y hay que advertir que en los niños, en

los ancianos tanto como en las mujeres, palpita ese sentimiento de repulsión, amamantado desde el sagrado pecho de las madres.

La gente mexicana daría toda su fortuna por no tener á los Estados Unidos de vecinos.

Si los tuviese de antípodas, los amaría de todo corazón. ¿Por qué el pueblo mexicano ama al Japón, á Alemania, á Inglaterra y odia cordialmente al norte-americano?

Hay una sola razón principal para explicar tal resentimiento; aquellas potencias siempre han respetado la soberanía é integridad mexicanas y jamás han intentado intervenir en sus asuntos interiores.

El instinto de libertad y de soberanía hace que hasta el esclavo rompa su ergástula. Desdichado de aquel pueblo que no siente vibrar en su alma el impulso de independencia. Y en el alma de México, vibra con energía el sentimiento de libertad y de independencia y pretender herir la exquisita sensibilidad de aquella virtud cívica, es encender un polvorín. Pero esto no lo ha estudiado con seriedad la política de la Casa Blanca y de allí que no entienda el problema mexicano.

* * *

Si bien Mr. Wilson está preocupado, con laudable propósito, en resolver el problema mexicano no lo ha sabido, en rigor, comprender todavía, y perdónesenos el atrevimiento de sentar en redondo esta afirmación.

Por de pronto, quizás, Mr. Wilson no ha meditado de que un pueblo que lleva ya cinco años de lucha intestina para derrocar un edificio carcomido y levantar otro que cuadre más a su índole y tendencias, no se avendrá ahora ni nunca, á que venga un gobierno extranjero á proponerle—á título de altruismo—que desconozca sus *leaders* que han encabezado su revolución y que se entregue, poco menos que maniatado, á reconocer un Mandatario, desconocido—quien muy posible y casi seguramente—no habiendo estado identificado con los ideales soñados por la Revolución, ó no los entendería ó vendría á echarlos por tierra, haciendo así frustráneos los propósitos elevados de ella.

Un periódico independiente dice, á propósito, con muy buen acuerdo: "Pensar que un individuo solo por el hecho de haber sido Ministro de Madero puede resolver el complicadísimo problema mexicano sin tener la energía de carácter ni el conocimiento de las circunstancias y de los hombres que la situación necesita, es pensar en imposibles."

Por otra parte, no ha sido Mr. Wilson quien fijo su atención con detenimiento en el resultado inútil é improductivo de las conferencias de Niágara Falls, invitadas con el mismo objeto el año an-

terior; y siendo más bien contraproducentes, ya que todo el mundo sabe que el A. B. C. no fue otra cosa que una parodia del "parto de los montes"; y si en aquel entonces las condiciones político-sociales en que se encontraba el pueblo mexicano eran tan complejas y difíciles, ¿cómo entender hoy la aplicación del mismo tópico, en condiciones análogas, pero más enmarañadas aún?....

Esto sólo se explica porque no ha habido suficiente meditación ni estudio serio para apreciar el fenómeno sociológico que se opera en el pueblo mexicano al atravesar por este solemne momento histórico.

No hay que olvidar, además, que la política de expectación de la Casa Blanca súbitamente se ha vuelto tornadiza en varias ocasiones. Se abstuvo, por meses, tal vez con el buen acuerdo de respetar la soberanía y libertad mexicanas, y de repente, cuando una de las facciones contendientes—ora por su robustez, sea porque hubiese podido dominar los avances de sus antagónicas, cuando, por así decir, estaba casi al borde de imponer el orden, entonces aquella plausible abstención ó neutralidad prudente ú observación juiciosa se convierte en prurito de intromisión á todo costo en el dédalo intrincado de los acontecimientos para arreglarlos. Esto se ha repetido varias veces sin eficacia y en esta ocasión—como en las anteriores—se hará sin éxito alguno y con más, exacerbará de nuevo los ánimos de aquellos patriotas mexicanos que tienen *el perfecto derecho de querer que sus divergencias domésticas deben ellos solos ventilarlas en su casa.*

Esa veleidosidad de la diplomacia de Washington, solo acusa poco análisis de las cosas; y de allí que insistamos en expresar con dolor pero con franqueza, que la Casa Blanca no ha logrado comprender la intensidad y magnitud del problema mexicano. Porque debemos reconocer, con aplauso para el maestro Wilson. que en su actitud no ha entrado, no entra, no entrará jamás algo avieso que empañe la nitidez de armiño de su buena fe.

Sabido es que los Estados, como los individuos en sus relaciones, deben sujetarse a las reglas de verdad y de justicia que son siempre absolutas e inmutables.

El Derecho Internacional, como todas las ciencias, se basa en principios generales ciertos y evidentes. No puede el Derecho Internacional indicar para un caso lo mismo que contraindica y viceversa. Los Estados Unidos no pueden intervenir en México en nombre del Derecho Internacional, porque mantienen el principio de no intervencion casi de un modo absoluto.

Consecuentes con este principio, no intervienen en otros países

que se hallan en estado de guerra civil o en condiciones en extremo anormales.

Una de las cosas que mas ofendería el patriotismo de los mexicanos, sería que se quisiesen emplear unicamente con México, medios no acostumbrados ni empleados con otros países. Vamos a citar dos hechos que prueban nuestra afirmación. Nos referimos al estado horroroso en que se hallan Guatemala y el Ecuador. No se diga que en estos paises no existen intereses extranjeros que asegurar: los hay y de valiosa importancia.

El Gobierno de los Estados Unidos sabe perfectamente los crímenes horrendos del Dictador perpetuo de Guatemala; sabe a ciencia cierta los medios por los cuales se ha reelegido repetidas veces y la prensa universal ha publicado la serie interminable de actos delictuosos de este cruel mandatario. Pues bien, los Estados Unidos, ni por americanismo ni por humanidad, han intervenido en Guatemala.

La lealtad de la política americana al principio de no intervencion, ha llegado hasta el punto de poner oidos sordos a los salvajes y espantosos asesinatos cometidos por Estrada Cabrera en Guatemala y por Leonidas Plaza en el Ecuador.

Ni sería posible que el principio de intervención se aplicara solo a los mexicanos, dando lugar a que se crea que no se trata de los altos fines que aparentemente se invocan, sino de cohonestar expansiones territoriales so color de indemnizaciones de guerra y de fomentar intereses privados.

No faltaria quien creyera que Guatemala y el Ecuador constituyen excepción por no ser vecinos de los Estados Unidos y cuyo territorio no puede acceder de un modo continuo el de los Estados Unidos. Suposición que la honorabilidad del Gobierno americano no puede admitir.

La república del Ecuador, pais digno de mejor suerte, que forma parte de la Unión Pan-Americana, es actualmente teatro de una prolongada guerra civil. En 1912 un aventurero llamado Leonidas Plaza, de calidad similar a Francisco Villa, por medio de asesinatos, de fraudes, de cuartelazos y de incendios, llegó a convertirse en Dictador del Ecuador.

El Dictador Plaza, robó y destruyó durante la guerra el Ferro-Carril americano de Guayaquil a Duran, estafó a los tenedores de bonos de la Deuda Externa, en gran parte americanos, despojó a los contratistas de la canalización de Guayaquil, rompió el cable extranjero, engañó al Comandante del cañonero americano "Yorktown" el mismo que murió en Guayaquil de *fiebre amarilla* según unos o envenenado por Plaza, según otros, pues se dice que Plaza

brindó al oficial americano un cocktail con veneno igual a los que usa Estrada Cabrera. La causa del asesinato del Comandante del "Yorktown" se atribuye a que este oficial se opuso a la massacre acordada por Plaza para sacrificar a los prisioneros de guerra. El mismo dia que moria el Comandante del "Yorktown", era asesinado por la noche el General Montero, Jefe supremo de Guayaquil con quien Plaza habia firmado un tratado de paz con la garantia del Cónsul americano. Plaza ordenó el asesinato de Montero y fue asesinado en su presencia. Casi al mismo tiempo, el ex-Presidente del Ecuador y siete generales mas, sufrían por orden de Plaza igual tormento en Quito. Siete Generales ancianos casi todos, fueron descuartizados, arrastrados y quemados casi vivos; antes habían sido víctimas de suplicios atroces: les cortaron la lengua, las orejas, la nariz y los dedos; todo eso pasaba a vista y paciencia del Ministro y Cónsul americanos y por orden del Dictator Plaza. El Cónsul americano fué ofendido: el Dictator Plaza lo amenazó y le canceló el exequatur solo porque intentó cortar nuevos asesinatos y que se cumpliera su garantía.

Pues bien, el Gobierno americano no intervino.

Desde 1912 hasta la presente ha continuado en el Ecuador una campaña interminable en la que se han sacrificado más de diez mil hombres y disipado como 80 millones de pesos capital extranjero, americano y nacional, y Estados Unidos no han intervenido.

¿Y qué diremos del dictator de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera?

Asaltó el poder por medio del asesinato de su protector y antecesor. Ha sido el agitador perseverante de todas las revoluciones de Centro América, habiendo mantenido en constante convulsión á las repúblicas vecinas. Ha mandado asesinar á lo más florido de aquellos centroamericanos solo porque en ellos vió algún destello de carácter independiente. Mandó asesinar en México, en complicidad con su Ministro en aquel país, al honorable y modesto General Don Manuel Lisandro Barillas, sin que existiese el más leve motivo para tan horrendo crimen. Hizo asesinar al Presidente del Salvador, Don Manuel E. Araujo, por temor ó por envidia. Se ha apegado al poder, como la ostra á su concha—violando los tratados de Washington de 1907 y hollando las leyes substantivas de Guatemala. Ha derrochado los millones de las rentas fiscales de la República en sostener su política de intromisión en los otros países y en levantar un ejército de espías que dentro y fuera del país constituyen la mayor de las ignominias para un pueblo. Ha levantado el cambio de un 170 por 100 en que lo encontró cuando su usurpación se consumó, hasta un 5,000 por 100 en que oscila hoy. Ha arruinado la Hacienda

y envilecido la instrucción pública. Ha convertido á Guatemala en una finca de su propiedad. Ha hecho de sus Congresos congregaciones de eunucos, que le sirven á su capricho, so—pena de muerte. Todo esto lo ha denunciado á diario la prensa, que también ha explicado que cuanto pasa y ha pasado en Guatemala, durante esta administración, ha sido por medio del terror y de la matanza, sistema único de gobierno de Estrada Cabrera. El mundo entero ha oído el grito desgarrador—que salvó las fronteras cuando se verificó el fusilamiento de toda la Escuela Politécnica, compuesta de más de cien niños, asesinados, así, sin formación de proceso, sin requisitos de ley, sin formalidad alguna. El pueblo desgraciado de Guatemala ha oído y visto impotente su degradación cuando contempla á toda la sociedad que viste de luto; á las viudas, á las esposas, á las madres, á las hermanas cruzando, llorosas, las calles por la muerte de sus deudos inmolados por la insaciable sed de sangre del "Tigre de Quezaltenango" como apoda su pueblo á Estrada Cabrera. El pueblo de Guatemala no olvida que desde Reyna Barrios, los Diputados Rosendo Santa Cruz, J. María Urbizo, General Calixto Mendizábal y tantos y tantos más, hasta el Dr. Manuel Paz, recientemente condenado á morir de hambre, ha atravesado aquel país, digno de mejor suerte, un VIA CRUCIS dolorosísimo durante dieciocho años, bajo la férula sanguinaria de Estrada Cabrera. Y jamás los Estados Unidos del Norte, por americanismo ó por humanidad, por piedad ó por altruismo, intervinieron en favor de aquel país agónico y tan despiadadamente azotado.

Ese sufrido pueblo ha visto por dieciocho años y continúa viendo el desbarajuste de aquel Gobierno, ordenando prisiones á toda hora, flagelando á diestra y siniestra, sin respeto á edad, sexo ni condición social; ha visto y continúa viendo el robo de las propiedades particulares para llenar la insaciable codicia del mandatorio que no se conforma con los millones del Fisco. Ese sufrido y pobre pueblo ha visto y continúa viendo los fusilamientos de indefensos ciudadanos; la trata de masas de indios—que se nos antoja un si es no es de esclavos—trabajando doce horas al día, recibiendo el látigo en sus espaldas y apenas ganando un miserable jornal que no les alcanza para el sustento; y esto admitido y sancionado por el gobierno dictatorial. Ese sufrido y desdichado pueblo ve y siente que no tiene un medio de sacudir el odioso yugo que pesa sobre él, porque teme levantarse con sacudimientos de león herido contra su tirano, creyendo verdad la falsa propaganda hecha por Estrada Cabrera de que los Estados Unidos lo apoyan y lo apoyarán en el poder incondicionalmente, por las componendas, que dizque, en Washington se confeccionan. Ese sufrido pueblo de Guatemala ha visto por die-

ciocho años y continúa viendo la crueldad horrible con que los esbirros obedecen las órdenes del "amo"; órdenes siempre despóticas, siempre preñadas de odio, siempre llenas de hiel. Y todo esto que tantas veces ha denunciado la prensa por todos los ámbitos de la Tierra y en todos los idiomas, lo ha presenciado, le consta, á las legaciones norte americanas acreditadas en Guatemala. Todas las matanzas, asesinatos, atropellos, escandalosos robos, fusilamientos en masa, ultrajes á las señoras y señoritas, á miembros del Cuerpo Diplomático, etc., etc., los han visto las Legaciones de Uncle Sam, y no han sido motivo suficiente para que la política altruista, humanista, americanista de Washington intervenga en favor de aquel desgràciadísimo pueblo. Los Estados Unidos no han intervenido en Guatemala, como no han intervenido en el Ecuador, y *HAN HECHO MUY BIEN. Nosotros no queremos, no admitimos que por ningún motivo la política de la Casa Blancha interfiera en los asuntos interiores de los pueblos latinos de América.* Se nos revela todo el sentimiento de orgullo y de Patria, por desgraciada que ésta sea, se nos subleva el sentimiento de indio,—raza indómita de la cual aún nos quedan muchas nobles gotas de sangre-al solo pensar que pudiéramos ser algún día conquistados por el poder anglo-sajón.

* * *

El policía oficioso del Continente, que finge no saber de los crímenes de Estrada Cabrera y de Plaza, quiere aplicar su "BIG STICK" sobre México debilitado y le infiere el candente ultraje de nombrarle como a uno de sus tutores al Nerón centro americano, al despreciable Estrada Cabrera.

Digámoslo sin reticencias ni temores: lo que de más odioso ha tenido la actual tentativa iniciada por la Casa Blanca, y que está siendo censurado por la prensa de todo el orbe, es el immiscuir al tirano de Guatemala en el negociado.

Quiere decir que Mr. Wilson, el puritano, cuya diafanidad de cristal de roca, nadie puede revocar el terreno de la duda, extralimita su puritanismo hasta asociarse con Manuel Estrada Cabrera, el mas espantoso, el mas sanguinario, el mas hipócrita de los mandatarios que las efemérides de la Historia registran, para una obra de redención? Inaudito proceder. Deplorable equivocación.

Serán dignos de conservarse como monumento imperecedero, los medios que aconseje Estrada Cabrera por conducto de su representación en la Conferencia Pan-Americana, para lograr la paz en México.

Ya adivinará el malicioso lector, con espanto, que Estrada Cabrera aconsejará su sistema de terror y de matanza y si ello no bastase, propondrá los procedimientos inquisitoriales que ha puesto en práctica por más de direciocho años en el desgraciado país que

tiraniza y al cual ha convertido en un pueblo despreciable y cobarde, pueblo reducido hoy á la más horrible miseria y desprestigio, cuando apenas hace cuatro lustros Guatemala gozaba, dichosa, de honra y de ventura, de crédito ilimitado y de riqueza a caudales.

Pero hay más: no ignoraba Mr. Wilson que el gobernante guatemalteco fué el primero en reconocer al gobierno de Huerta; no ignoraba, tampoco, que Estrada Cabrera, desde hacía mas de tres años había entrado en componendas con diversos facciosos mexicanos de mayor o menor talla, para secesionar el territorio mexicano, proclamando la República independiente de Yucatán; no desconocia, asimismo, que desde hacía mucho tiempo habia sido y continua siendo protector decidido de la facción Villistá, a la que ha ayudado con armas, dinero, municiones, etc.

Estos hechos están comprobados hasta la evidencia, hasta la saciedad. Pues bien; con todo, aún comete el Presidente de la Unión Americana el desatino de invitar al gobernante enemigo, que está sembrando la cizaña en México, para que éste mismo, que concita la discordia, vaya a cooperar en cimentar la paz.

El caso es terriblemente sarcástico. Sino creyéramos en la sinceridad de Mr. Wilson a quien admiramos y apreciamos de todo corazon, le juzgaríamos un discípulo adocenado de Machiavelli.

* * *

No deja de sorprender á todo aquel que analice sin pasión, la conducta contradictoria de Mr. Wilson, en algunas de las disposiciones que ha llevado á cabo con motivo de la guerra civil mexicana.

Historiemos á grandes rasgos algunos de ellos.

Durante mucho tiempo conservó su actitud neutral el gobernante americano (año de 1913) y hasta se confiaba en que tal actitud sería su norma de conducta, *lo que de manera inconcusa habría sido lo mejor.* Huerta hacía todo esfuerzo por ahogar la Revolución; pero ésta, cual otro dragón mitológico, cuando le cortaban una cabeza, le nacían siete más.

Mundialmente era notorio que el ejército federal, al servicio de Huerta, había sído batido en muchas de sus posiciones; en Torreón, en San Pedro de las Colonias y en otros puntos importantes. No gozaba del apoyo moral del pueblo y puede afirmarse que materialmente todo le era hostil. La Revolución estaba triunfante. Esperábase por instantes que, con los nuevos descalabros de Huerta, la situación de México cambiaría.

La simpatía en favor de la Revolución era universal, déntro y fuera de la República. El usurpador sería bien pronto aplastado por la avalancha popular que sujetaría a todo el país, presto y á cuya cabeza se destacaba una figura honrada: la del señor don Venustiano Carranza. Entonces, y como por ensalmo, en los momentos

menos propicios, en los instantes más inadecuados (Abril de 1914) sin ningún motivo serio y trascendental (y la Historia así lo escribirá en su justicia severa), el Gobierno de los Estados Unidos abre capítulo para declarar la guerra á México, empezando por apoderarse de Veracruz, hiriendo así el sentimiento de aquel pueblo amigo, al que se le repetían, sin cesar, promesas de que no se le quería ofender, sino por el contrario, ayudar. Se conmovió, como era de esperar, el país entero, desde el Rio Bravo hasta el Istmo de Tehuantepec, dando pábulo á que el partido de "los científicos" aprovechase tal invasión para deshonrar, con pretextos burdos, á la Revolución, señalando á esta de que su triunfo era la resultante del apoyo material de las fuerzas norteamericanas. La indignación aumentó por grados en todo México y aun dentro del elemento norteamericano, viéndose precisado Mr. Wilson á confesar, por la centésima vez, que no le guiaba móvil alguno de conquista, ni de ofender la soberanía de un pueblo al que de corazón deseaba su libertad y prosperidad.

La desocupación del puerto de Veracruz, pocos meses después, prueba, franco es decirlo, la buena fé de Mr. Wilson.

Ocurre preguntar: ¿fué causa suficiente para el Presidente de los Estados Unidos del Norte, el incidente de Tampico para salir de su neutralidad en aquel entonces? Los hombres de criterio sano y de conciencia limpia nos han dicho que no.

Hay que reconocer que Mr. Wilson, en sus discursos, externó sin reticencias sus simpatías por la Revolución de México y quizás por esa misma simpatía, aceptó y apoyó con entusiasmo la mediación oficiosa de los conferencistas del A. B. C. Ya se sabe que aquello fué un fracaso, entre otras causas por dos que es provechoso recordar aquí Fue la primera que la "reacción" encarnada en los "cientificos" había logrado cierto ascendiente ó primacía en las conferencias supradichas, poniendo en riesgo así la labor tan adelantada de la Revolución, obligando á ésta á doblar sus esfuerzos, la que obtuvo victorias bélicas inmediatas, sin lo cual, á buen seguro, de que los conferencistas ayudados por el Presidente norteamericano, habrían sido obstáculos de inmenso valor para la consecución de las miras é ideales perseguidos por la Revolución. Fué la segunda causa la actitud elevada de miras de la prensa continental, que al observar los traspiés que, á guisa de insinuaciones, empezaban á engendrar las tres primeras letras del alfabeto, les puso en la picota del ridículo con su rechifla obligándolos á que precipitadamente se pusieran en retirada. Y, á Dios gracias, que así terminara tan quijotesca comedia, porque de lo contrario, ya tendríamos para estar matis cando todavía las teorías trascendentales que sobre Derecho inter-

nacional Pan-americano, nos hubiesen endilgado, con detrimento de la susceptibilidad exquisita de nuestros pueblos latinos, sentando precedentes poco decorosos para la dignidad nacional de las repúblicas latinas del continente.

Otra contradicción manifiesta se observa en la diplomacia del Presidente Wilson con motivo de su reciente intromisión.

A raíz del triunfo de la Revolución Constitucionalista, uno de los Generales, el traidor Francisco Villa, se rebela contra su Jefe, el ciudadano Carranza (Octubre de 1914). Sigue su política de expectación la Casa Blanca. Renuávase la lucha entre las dos principales facciones. Los elementos huertistas que representan el "cientificismo" se replegan bajo las banderas de la traición de Villa á quien ayudan sin ocultar sus esperanzas de "*reacción.*" Durante el lapso de diez meses, en los que sabe Dios cuántos atropellos é infamias se cometieron, Mr. Wilson, apenas, sí, se contentaba con ligeras amonestaciones. Las facciones continúan durante esos meses disputándose el triunfo. Pero llega un momento en que una serie sucesiva de triunfos de la facción constitucionalista en contra de la que ha dado en ser llamada "villista", pone de relieve la fuerza, robustez y plétora de elementos del Constitucionalismo, sostenido éste por la inmensa mayoría de los Estados de la República, no menos que por el sentimiento y simpatía populares que siguen las orientaciones é ideales del partido constitucionalista; y, entonces cuando el Constitucionalismo está el borde de concluir con el representante de la "reacción", sale el Jefe del Poder Ejecutivo de Norte América de su observación. Pero ¡cosa inaudita! en esta ocasión reviste su actitud (discordante) con otro llamamiento á conferencias, expediente gastado é infantil que hizo fiasco el año pasado, y que en este terminara, lo afirmanos con convicción, de manera análoga.

Esta forma incomprensible de pretender con buena fe—que jamás pusimos en duda,—arreglar los asuntos interiores de México, cuajando sus intenciones en viejos y mohosos moldes, solo viene á probarnos dos cosas; primera: la política contradictoria y anacrónica de Mr. Wilson; y segunda: la poca reflexión que ha habido para darle solución al problema de México. Ambos factores conducen, necesariamente, á suponer—y no nos cansaremos de repetirlo—que si no se ha medido la magnitud y trascendencia del problema, no es posible comprenderlo y menos aún resolverlo.

* * *

No creemos en los altruismos en política; en política no hay más que conveniencias. Y asi tiene que ser, porque los pueblos no delegan sus facultades en favor de sus mandatarios para que vayan a

redimir a los otros pueblos de la humanidad so color de altruismo. Magnífico que un individuo particular, un hombre puritano, un altruista personalmente, se convierta en apóstol, que llegue si se quiere, hasta el sacrificio; pero que el Jefe del Ejecutivo de una nación, que ante todo debe atender a los intereses de sus connacionales y tiene que resolver los problemas que dentro de su hogar se plantean a diario, exponga el honor o buen nombre de su patria, por extralimitarse de su órbita, para ir a atender a título de altruismo, las divergencias domésticas del vecino, no es, no ha sido nunca aconsejado por los tratadistas de Derecho Internacional, ni priva en ninguna Carta Fundamental que conozcamos. Ta vez a través del tiempo y del espacio, el desarrollo del progreso, mejorará la condicionalidad moral humana, en el sentido de hacerla más piadosa, mas generosa, menos egoista; entonces quizá los tratadistas de Derecho Internacional aceptarán como puntos de Derecho de Gentes, ciertos altruismos al estilo de los que Mr. Wilson suena ahora. Empero, en el siglo X X en que vivimos, la humanidad dista muchisimo de tales altruismos. ¿Acaso no estamos contemplando espantados la carniceria europea más odiosa que los siglos vieran, carniceria que ejecutan unos contra otros aquellos pueblos que se precian de ir a la vanguardia del progreso, que blasonan de ser más civilizados y en una palabra más altruistas? ¿Acaso no vemos que los dorados espejismos del socialismo se han convertido en letra muerta, que son una mentira escrita, que cual chispa fugaz apagóse a la primera ráfaga de la guerra?

* * *

Acaba de publicarse por la prensa de este país, el noble pensamiento, sugerido por el notable Profesor Winfield Jones, que aspira a la estabilidad de la paz, integridad y bienestar de todos lo pueblos del Continente americano, buscando una alianza entre los Estados Unidos del Norte con todos otros países de las Américas. "Esta alianza duplicaria el poder naval y militar de los Estados Unidos y las fuerzas unidas del Continente serían bastante podorosas para vencer fácilmente en guerra a cualquier otro estado o naciones aliadas de Europa o de Asia. Estima el supradicho Profesor que en los tiempos que corremos los Estados Unidos no son los árbitros de sus propios destinos, que no tienen amigos en Europa ni en Asia, que sus naturales amigos están en las repúblicas pan americanas ligadas por diversos vinculos con ellos, que la celebración de tratados tan pronto como sea posible para alcanzar fines políticos de bienestar común significaría acaso la terminación de la guerra europea y la futura seguridad de algunas naciones."

Tal vez envuelve esta doctrina, por lo pronto, el ánimo de probar a Alemania, o al Japón que la Union Norteamericana, no está sola.

El gobierno de la Casa Blanca que en la actualidad justamente se preocupa de solucionar decorosamente sus divergencias con Alemania, debería pensar en llevar a la práctica el patriótico pensamiento del Profesor Winfield Jones, vinculándose lo más estrechamente que sea dable para estar preparada contra todo evento, con ocasión de los desenvolvimientos europeos. Mas si la política de Washington se enjena la simpatía de los pueblos del Continente, con su conducta de intromisión, no espere que la gran familia latina que vive desde el Bravo hasta Magallanes, venga a identificarse en la deseada aspiración pan-americana que ha ideado el Profesor Jones.

Si la política de Washington ansía con pureza ayudar a la vecina república del Sur, espere que el partido más fuerte ponga las cosas a nivel- lo que no tardará en suceder- y entonces con el recocimiento por parte de los E. E. U. U. del gobierno que surja, que será en rigor el de la voluntad expresa del pueblo mexicano, no dude el ilustre mortalista Mr. Wilson, que bien pronto volverá la tranquilidad al corazón de aquel afligido país, que restañará sus heridas aquella desangrada nación, que los capitales, hoy ocultos saldrán de su timidez y de sus escondrijos y que la riqueza pública de aquel privilegiado suelo tornará a su florecimiento.

Esta manera de considerar a la República Mexicana, en su actual aflictiva situación, traerá para el Hon. Sr. Presidente de la Unión Americana, bendiciones sin cuento y un verdadero afecto de todo el Continente de Colón.

* * *

La prensa del Continente se ha desatado en contra de la proyectada intervención de los E. E. U. U. comentando con acritud las nueve cláusulas de la plancha de Mr. Wilson. Y la prensa es la expresión depurada del sentimiento en que abunda la immensa mayoría de la masa latino americano.

Hay que atender el VERBO de esa prensa.

Hay que respetarlo.

Ese súrsum corda es el vehículo del VOX POPULI, enseña y aconseja con desinterés y cual otra revelación, es la expresión del Dios de los hombres. Escucharle es prudente.

Aún es tiempo que Mr. Wilson, escuchando ese *súrsum corda* detenga sus pasos en la senda extraviada en que va entrando para arreglar las diferencias domésticas de México.

No reparamos en afirmar que a juicio de pensadores de alto coturno nacionales y extranjeros a quienes hemos tenido el honor de consultar nuestras tesis, reconocen que a intervenir Mr. Wilson en México, en la forma tantas veces comentada en este folleto,

acarrearia el mayor de los desastres para ambos pueblos: el de los E. E. U. U. y el de México.

Deje Mr. Wilson al pueblo mexicano que siga su evolución sólo, independientemente de toda intervención, cualquiera que sea el sentimiento que lo empuje.

CONCLUSION Y CONCLUSIONES.

Tenemos á Mr. Wilson en el concepto de un estadista perspicaz y levantado; de un hombre inteligente é instruido; bueno por justo y magnánimo por fuerte, como lo es su pueblo,—capaz, como los romanos del Imperio,—de conquistar el mundo en una sola jornada; y finalmente, consideramos á Mr. Wilson un gran patriota, enamorado de la libertad de este continente y de la independencia de sus nacionalidades.

Pues bien: ante ese hombre extraordinario; inteligente é instruído; justo y bueno, fuerte y magnánimo; incapaz de vanidades, pero capaz de todos los sacrificios, en bien de su Patria y en bien de la Humanidad; capaz de vencerse á sí mismo, si así lo exigen el buen nombre de su pueblo, el bien de sus connacionales y el ajeno, el de sus vecinos y hermanos, vamos á exponer, sintéticamente, lo que nosotros haríamos estando en su lugar altísimo y en su posición dificilísima en lo que se refiere á la situación mexicana, ya que él, por humanitarismo y por decoro del continente, espontáneamente ha querido ejecer de mediador:

URGIRIAMOS, AYUDARIAMOS, POR TODOS LOS MEDIOS DELICADOS A LAS FACCIONES CONTENDIENTES, A QUE SE ARREGLARAN, A QUE SE ENTENDIERAN ENTRE SI, LIBRES DE TODA SUGESTION ESPECIAL NUESTRA, DE ACUERDO CON LOS IDEALES QUE LAS HAN LLEVADO A LA LUCHA, CON LAS NECESIDADES, SITUACION Y CONDICIONES ACTUALES DE LA NACION MEXICANA.

ASI, REALIZARIAMOS EL DOBLE MILAGRO DEL ACERCAMIENTO ENTRE SI, POR LA RAZON NO POR LA FUERZA, DE ESOS HERMANOS EN DESACUERDO, Y DE LA ATRACCION, POR AMOR, DEL PUEBLO MEXICANO HACIA EL PUEBLO NORTEAMERICANO.

Ninguna satisfacción; ninguna gloria, habrá para nosotros comparable con la de saber que el Excmo. Sr. Woodrow Wilson, dignísimo Presidente de los Estados Unidos de Norte América, se sirva tomar en consideración las precedentes, humildes, sencillas y repetuosas conclusiones, con las que quedaría resuelto, de una vez y para siempre, el actual conflicto revolucionario del limítrofe pais del Sur.

New Orleans, Agosto 20 de 1915.

RAMON GUZMAN,

1.20.22. —

Nota especial de excusa á la República Argentina.

Al citar en varios párrafos de este folleto al Gobierno de la República Argentina y no haberlo exceptuado en los respetuosos cargos que nos hemos permittido formular en contra de las naciones latinas que han entrado en el conciliábulo pacifista ideado por S. E. Mr. Wilson, lo hicimos porque, cuando escribíamos esta impugnacion, no nos era conocida la tranquilizadora respuesta que el Ejecutivo de la Nacion del Plata diera, con fecha 10 del corriente mes de agosto, a una Nota de queja del señor D. Venustiano Carranza.

En ese importante documento, mantenedor y robustecedor del "Principio de NO INTERVENCION," el Excmo. Señor D. Victoriano de la Plaza, Presidente de la República Argentina, dice al Primer Jefe Constitucionalista de México, por conducto de su inteligente y discreto Secretario de Relaciones entre otras cosas:

"El Presidente de la República me encarga responder á usted que al hacerse representar en esa Conferencia el Gobierno Argentino, lo ha hecho no solamente en un todo de acuerdo con su política tradicional de respeto á las Soberanias, sino aun tambien con el deseo de afirmarle una vez más frente á un problema que, al afectar los destinos de México, afecta por igual á la gran familia americana.

"Esa reunion diplomática ha sido planteada desde su origen en el concepto de eliminar de antemano cualquier acto ó designio que pudiera constituir una intromision en los asuntos internos de México, y, sobre todo, cualquier propósito de intervención armada; unificadas las opiniones dentro de esa idea fundamental, la Conferencia de Washington obedece á una alta inspiracion de solidaridad Pan Americana etc.",

No podía esperarse otro parecer ni otra conducta del Gobierno Argentino, tan respetuoso de la ajena soberania nacional como de la suya propia.

Su actitud en esta vez sienta un precedente salvador; una trascendental regla de solidaridad y de mutuo respeto doméstico entre los países independientes de la América.

Ante el porvenir, siempre obscuro y mañero de los pueblos, y más en estos momentos de conflagración europea, en que no se sabe qué habrá que temer, lo mismo en América que allende el Atlántico, de la Potencia que resulte vencedora, la actitud del Gobierno Argentino es tan cuerda y de tanta pesantez en el concierto de las Naciones Americanas, que no podemos dudar de que haya sido tomada en cuenta y sea motivo de estudio reposado y filosófico, por las Cancillerías del Brazil y de Chile, países en que la sensatez gubernamental corre parejas con la nobleza, saber y potencia de sus pueblos.

Entre hermanos, defender a uno que se halle en peligro, es defenderse a sí mismo. RAMON GUZMAN.

